



Atizando el fuego de la paz

Diarios de un bibliotecario en el Caguán

Pablo Iván Galvis Díaz

Atizando el fuego de la paz. Diarios de un bibliotecario en el Caguán

Resumen

Este libro narra la diversidad de crónicas y de metáforas en torno a una apuesta de paz: la cotidianidad de una biblioteca rural, desde una mirada subjetiva del bibliotecario por la paz. Los pormenores de la implementación de un proceso de paz en un tiempo privilegiado —el primer año de los acuerdos; las múltiples miradas a la instalación de un escenario único— una biblioteca rural, llegando a las zonas más apartadas del país; las vicisitudes de una apuesta arriesgada, la de construir escenarios de convivencia, confianza y reconciliación entre poblaciones separadas históricamente por las armas, las ideologías, la política y las necesidades básicas insatisfechas de las poblaciones campesinas de Colombia. El registro de los procesos de acompañamiento en la reinserción de una de las Columnas Móviles más complejas en cuestiones de la guerra de las FARC, la CM Teófilo Forero.

Palabras clave: Conflicto armado, Colombia, relatos personales, San Vicente del Caguán (Caquetá, Colombia), violencia, acuerdos de paz.

Stoking the fire of peace. Diaries of a librarian in Caguán

Abstract

This book narrates the diversity of accounts and metaphors related to a bet for peace: the daily life of a rural library, from the subjective perspective of a librarian for peace. It presents the details of the implementation of a peace process at a privileged moment (the first year of agreements); multiple glances at the creation of a unique setting (a rural library, reaching the most remote areas of the country); the vicissitudes of a risky bet to build scenarios of coexistence, trust, and reconciliation between populations historically separated by weapons, ideologies, politics, and the unsatisfied basic needs of peasant populations in Colombia. It offers an account of the accompaniment processes in the reintegration of one of the most complex Mobile Columns (MC) in the FARC war, the MC Teófilo Forero.

Keywords: Armed conflict, Colombia, personal stories, San Vicente del Caguán (Caquetá, Colombia), violence, peace agreements.

Citación sugerida / Suggested citation

Galvis Díaz, P. I. (2020). *Atizando el fuego de la paz. Diarios de un bibliotecario en el Caguán*. Bogotá, D. C.: Editorial Universidad del Rosario, Ediciones Unisalle.
<https://doi.org/10.12804/th9789587844474>

**Atizando el fuego
de la paz**
**Diarios de un bibliotecario
en el Caguán**

Pablo Iván Galvis Díaz

Galvis Díaz, Pablo Iván

Atizando el fuego de la paz. Diarios de un bibliotecario en el Caguán / Pablo Iván Galvis Díaz. — Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Ediciones Unisalle 2020.

xxi, 258 páginas.

Incluye referencias bibliográficas.

1. Conflicto armado - Historia - Colombia. 2. Conflicto armado - Relatos personales - San Vicente del Caguán (Caquetá, Colombia). 3. Violencia - Relatos personales - Colombia. 4. Acuerdos de paz. I. Galvis Díaz, Pablo Iván. II. Universidad del Rosario. III. Universidad de La Salle. IV. Título.

303.6609861

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. CRAI

JAGH

Abril 15 de 2020

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

© Editorial Universidad del Rosario
© Universidad del Rosario
© Ediciones Unisalle
© Universidad de La Salle
© Pablo Iván Galvis Díaz
© Ana Roda Fornaguera, por el Prólogo

Ediciones Unisalle
Cra. 5 n.º 59A-44, Edificio Administrativo
Tél.: 348 8000, Ext. 1224
edicionesunisalle@lasalle.edu.co
<https://ediciones.lasalle.edu.co/>

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 # 12B-41, of. 501
Tél.: 2970200, ext. 3113
editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá, D. C., 2020

ISBN: 978-958-784-446-7 (impreso)
ISBN: 978-958-784-447-4 (ePub)
ISBN: 978-958-784-448-1 (pdf)
<https://doi.org/10.12804/th9789587844474>

Coordinación editorial: Editorial
Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Diana López de Mesa
Diagramación: Martha Echeverry
Diseño de cubierta: Juan Ramírez
Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y Digital, S.A.S.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Los conceptos y opiniones de esta obra son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen a la Universidad ni sus políticas institucionales.

El contenido de este libro fue sometido al proceso de evaluación de pares, para garantizar los altos estándares académicos. Para conocer las políticas completas visitar: editorial.urosario.edu.co

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de las editoriales.

Contenido

Siglas	xiii
Prólogo	xv
<i>Ana Roda Fornaguera</i>	
Introducción	1
¿Cesó la horrible noche? Preámbulo de la paz	8
De vuelta al Caguán	13
La paz abre sus caminos	18
Entre realidades de contrastes	24
Cara a cara con las Farc	29
Primera noche en Las Morras	36
¿Diálogos inconclusos entre oyentes sordos? Claroscuros del poder local	40

Reunión de la Junta	47
Consejos prácticos	53
Libros que abren caminos	55
Inauguración de la biblioteca por la paz.....	61
Historias que se tejen en medio de la guerra Taller de macramé.....	65
Miradas y corazones de la selva. Primer taller en Miravalle	71
¿Llegaron los libros, se fueron las armas? Biblioteca comunitaria y colectiva Manuelita Sáenz	76
Trochas y caminos del Caguán. Las Morras, 10 al 16 de abril de 2017	81
¿Tiembla el proceso de paz?	96
Bibliotecas que caminan	100
¿Fin del conflicto armado?	105
Profundidades del Caguán. A orillas de Las Perlas	108
Al filo de la montaña.....	112
Al rescate de las vidas silvestres.....	118
Cansados, pero con el corazón palpitante	121

Tres generaciones, tres historias.....	126
Eterno retorno.....	131
Hay palo pa' cuchara.....	134
<i>A sanpedriar</i> en Puerto Amor.....	136
Notas varias de una larga espera	138
Los sonidos de la guerra	140
Silencios y esperanzas	143
Sendero de Paz, primer intento.....	146
Conversatorio con escritores. Taller preparatorio	150
Diálogos inconclusos. Segunda parte	153
Añoranzas de la Colombia profunda	157
Campesinos del Caguán. Extensión bibliotecaria en las fincas ..	160
Alianzas para la paz	163
Grandes preguntas del Caguán	165
Adiós a la guerra y bienvenida a la paz.....	169
Cotidianidad de una biblioteca por la paz.....	174
Encuentros y desencuentros con alias “El Paisa”	178

Construcción de una nueva historia en el Caguán	189
Grabación de <i>Sendero de Paz</i>	193
Festival del Retorno en el Pato, dos años después 11, 12 y 13 de noviembre de 2017	198
Cosechas en un año de apuestas por la paz. Premier del documental <i>Sendero de Paz</i>	206
Entrega de la biblioteca a la Alcaldía de San Vicente del Caguán	208
Una luz en medio de la guerra. Fogata literaria, noche de velitas de 2017	211
De regreso al río. Paseo de olla tradicional	213
La biblioteca por la paz, “¿en quién sabe y en veremos?” Acompañamiento a la biblioteca y al GAB, 2018 y 2019	217
Con la cruz a cuestas. Extensión bibliotecaria	222
Noche de velitas y fogata literaria de 2018	225
Susurros del más allá. Extensión bibliotecaria	236
Apurando el paso	243
Atizando el fuego de la paz	248
Homenaje. María, ¡los libros se apoderaron de mí!	256

Siglas

Amcop:	Asociación Municipal de Colonos del Pato.
ARN:	Agencia para la Reinserción y Normalización.
ART:	Agencia de la Renovación del Territorio.
BPM:	biblioteca pública móvil, o biblioteca por la paz.
CAR:	Corporación Autónoma Regional.
ETCR:	espacio territorial de capacitación y reincorporación.
Farc:	antes Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, ahora Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común.
GAB:	Grupo de Amigos de la Biblioteca.
ICBF:	Instituto Colombiano de Bienestar Familiar.
OACP:	Oficina del Alto Comisionado para la Paz.
ONU:	Organización de las Naciones Unidas.
PTN:	punto transitorio de normalización.
Ruat:	Registro Único de Asistencia Técnica.
Sena:	Servicio Nacional de Aprendizaje.
ZVTN:	zona veredal transitoria de normalización.

Prólogo

El bibliotecario de la paz

El cielo ha bajado para dialogar con las realidades de la guerra. Una espesa neblina lo cubre todo, como consintiendo una tierra ajena. Cumpló con los rituales propios del amanecer: saludo a las plantas que han donado las familias a la biblioteca con agua para calmar la sed del verano que se asoma, espanto con la escoba a los pollos de la escuela que duermen en el pasillo de afuera de la caseta comunal de la vereda —lugar de la biblioteca pública móvil—, barro el pasillo y saco el módulo de libros... continúo la lectura del libro El hombre que amaba los perros, de Leonardo Padura.

Pablo Iván Galvis Díaz, El bibliotecario de la paz

Después de tanto tiempo de ver crecer bibliotecas en todo el país, la mayoría como parte de programas gubernamentales, me surge la pregunta de cuáles son los caminos por los que una biblioteca se integra a la vida de una comunidad cuya cultura y cuyos saberes han circulado por vías distintas a las de los libros, a las de la lectura, a las de las bibliotecas.

Quizá cuando estuve más cerca de entenderlo fue en los tiempos en los que trabajé en la Biblioteca Nacional, cuando recibimos la visita impactante de una delegación de indios pastos, de Nariño. Digo impactante por la belleza y la sobriedad de sus vestidos y sus bastones, por el tamaño de la delegación y por la contundencia de su solicitud. Querían una biblioteca y habían viajado hasta la Biblioteca Nacional para gestionarla. Fue un trabajo interesante el que hizo el equipo del Plan de Lectura y Bibliotecas con la comunidad de los pastos. Definieron sus intereses, entre los cuales ocupaban un lugar destacado los libros infantiles y los de derecho, particularmente los relacionados con el derecho de tierras. No se me olvidarán las palabras que dijo el gobernador el día que se inauguró la biblioteca, mientras recorría con la mano el inmenso paisaje montañoso que lo rodeaba. Se estaba inaugurando el encuentro fructífero entre una biblioteca que traía información del mundo de afuera y otra, la que aportaban ellos, que estaba en esas montañas y paisajes que los rodeaban.

Cuando empecé a leer *Atizando el fuego de la paz. Diarios de un bibliotecario en el Caguán*, de Pablo Iván Galvis Díaz, reviví ese interés por conocer las formas como toman vida las bibliotecas recién creadas en los barrios y municipios del país. Pablo recibió la misión de viajar al Caquetá, particularmente a la región del Pato, en San Vicente del Caguán, con el fin de montar una de las bibliotecas que el Gobierno estaba llevando a las regiones como parte del proceso de paz. Un gesto de gran simbolismo, en unas circunstancias difíciles para cualquier bibliotecario. ¿Era una biblioteca lo que esperaban en ese momento los exguerrilleros recién desmovilizados?

En su primera reunión con algunos delegados de la administración pública es evidente que hay muchas otras expectativas y necesidades, y que la mayoría de los funcionarios no están al tanto

del proyecto de bibliotecas por la paz. “Que esos bandidos lean, que aprendan algo”, dice el alcalde con displicencia cuando Pablo se presenta como delegado de la Biblioteca Nacional; lo cual, pese a todo, es un pasaporte para poder entrar a una zona a la que, de no ser por el proceso de paz, seguramente no habrían llegado ni los libros ni el bibliotecario, como no habían llegado a lo largo de su historia. Con un 40 % de analfabetismo, es evidente que en esa región muchos de los habitantes no han tenido la oportunidad de pasar por la escuela. Así se lo confiesa la maestra a Pablo en sus conversaciones iniciales: los recursos para educación son escasos, hay un alto analfabetismo y los niños tienen deficiencias en el uso de tecnologías, en lectura y escritura. Y eso, desde luego, es una realidad para los campesinos y para quienes hacían parte de la guerrilla. De acuerdo con los relatos de los desmovilizados, en su grupo hay solo dos bachilleres, y el resto, aunque muchos sabían leer, no habían tenido oportunidades de estudio.

Pablo narra cómo en los primeros días de su arribo a la región tiene que buscar su espacio entre las armas, los mandos y las burocracias de uno y otro lado. Trata de no alarmar a nadie, de moverse con discreción y, sobre todo, de mantener la independencia de un proyecto que tiene que abrirse camino sin objetivo distinto al de dejar sentada una biblioteca en la región, símbolo de una paz y de un futuro que por ahora es apenas una promesa, aún con muchas incertidumbres.

En sus primeras charlas con los guerrilleros desmovilizados encuentra que muchos de ellos están entusiasmados con la idea de tener una biblioteca que vaya más allá de las lecturas marxistas, a las que han tenido acceso; quieren conocer otras culturas, saber del mundo, tienen expectativas de estudiar. Pero en las condiciones en las que están, con tantos protocolos y permisos, les resulta muy difícil moverse, de manera que cuando se discute el emplazamiento

de la biblioteca insisten en que sea allí, donde ellos están. Y, campo abonado para un bibliotecario, a cualquiera que sale de la zona le hacen listas de libros para que, si pueden, los traigan a su regreso: *La madre y Cuando se tiembla el acero*, bibliografía rusa, o *El perfume* y *Crónica de una muerte anunciada*.

El otro universo en el que Pablo busca su público es el de los campesinos de la vereda. Están regados por todo el territorio, y el bibliotecario se empeña por llegar a ellos, establecer diálogos de confianza y hacerlos participar en su proyecto. Pablo utiliza métodos sencillos. Seguramente quiere superar la sensación de lejanía y extrañeza que le produjo la primera biblioteca que visitó en esas zonas rurales apenas iniciaba su trabajo. Está aprendiendo con ellos, guiado por su fe en los libros y su poderosa intuición. Utiliza refranes, cuentos inconclusos a los que hay que encontrarles final, juegos. Entusiasma a los niños, que empiezan a seguirlo, a frecuentar su biblioteca. Y así, con unas lecturas azarosas hechas en medio de la urgencia por cumplir con un programa estatal, recorriendo caminos y ganándose el afecto de las gentes, empieza a darle un sentido a su trabajo.

No alcanzamos a profundizar mucho en lo que suscitaban entre niños y jóvenes esas lecturas. Resulta fascinante oírle decir, en medio del recuento de sus correrías, que “al pasar por la casa de doña Linda, ella nos saluda y nos dice que nos espera por la tarde, que quiere devolver unos libros y solicitar nuevos”. Pablo nos queda debiendo para un próximo trabajo la historia de estos lectores campesinos.

Nos cuenta, en cambio, mucho de sus vidas y de sus relatos, de su humor y de las formas con las que intentan evadir la crueldad de la guerra, la impotencia frente a los armados de uno y otro lado, la falta de oportunidades y de Estado. Se detiene y se regodea

en los bellísimos paisajes veredales, se mete en las casas, lee con los campesinos, come sus comidas, visita sus sembrados, conoce sus bromas, como la del mico tití llamado Jorge Villamil al que agarraron la víspera en una platanera, y ahora espera aburrido y amarrado en el borde de una baranda, como una metáfora risueña de la realidad local. Y, sobre todo, habla con ellos.

Aprende a comprender también sus miedos, muchos de los cuales los vive en carne propia: “El miedo a las minas no me deja caminar tranquilo y me hacen desistir de las visitas a las familias. La hamaca, hecha de madera, está muy resbalosa. El río Pato está crecido y su torrente infunde temores. La montaña nos recibe con los anhelos del caminante por encontrar el hogar”.

Miedo a las bombas, a los ríos crecidos, pero, sobre todo, a la palabra, a lo que se dice: “Me dicen que hay que guardar mucha prudencia con lo que se mire y se escriba sobre la región”. Todos tienen alguna historia relacionada con el conflicto, pero pocos se atreven a contarla. Y eso aplica para campesinos, guerrilleros y soldados. Hay muchos refugios en esas montañas, pero el de la palabra no parece ser uno de ellos.

Parte del proyecto bibliotecario incluye invitar a historiadores y escritores para hacer talleres con los campesinos y los excombatientes. Es así como reciben la visita de Alfredo Molano. Una visita esperada por todos, que casi se les daña cuando un auxiliar bibliotecario de las Farc le informa a Pablo que alias El Paisa, el comandante, había cancelado el evento, puesto que, según él: “Si vino el escritor es a almorzar y a hablar conmigo”. Y cómo no, así se hizo. Un largo almuerzo conversado, con vodka y trucha en el que El Paisa no para de hablar; se reservó su propio espacio para contar sus historias. Cuando por fin logran reunir a los asistentes para que Molano los salude, una frase suya queda resonando en el

ambiente: “Escribir como hablamos es el lenguaje más adecuado para registrar nuestras memorias... Todos tenemos historias que contar, y dignas de ser registradas”.

Eso es algo que ha entendido muy bien Pablo, bibliotecario por la paz: la necesidad de dejar que las palabras encuentren caminos en donde los miedos, la amargura, la tristeza, las impotencias tanto tiempo soportadas salgan del silencio y se dejen oír. El deseo que tenemos todos de que el mundo conozca nuestras historias. Sentir que no se ha pasado en vano por este mundo.

Lo que realmente sorprende en este relato sencillito, escrito como un diario y aparentemente sin más pretensión que la de contar la experiencia de un bibliotecario que pone un grano de arena en el difícil camino de construir la paz en este país, lo que en realidad sorprende es el prodigio de ese coro de voces a las que, sin mayores preámbulos, les abre un espacio en su texto para que puedan contar sus tremendas verdades. Nada puede decirse en este prólogo que no hayan dicho mejor, más poética, metafórica y dolorosamente, los personajes anónimos que con sabiduría el bibliotecario introduce, de forma discreta y sin comentarios, capítulo a capítulo, en una serie de relatos que va hilando en este diario bajo el título de “Cuenta la leyenda...”.

A la manera de *Pedro Páramo*, Pablo deja un espacio para esas voces que casi siempre hablan desde la muerte, desde la soledad, desde la verdad silenciada y contenida con dolor, con resignación: “Carmen, dice mi lápida olvidada entre matorrales. Una luz tenue que iluminó mi tumba me hizo despertar del sueño...”.

Difícil decir cuántos caminos dejó abiertos el bibliotecario que un día tuvo que irse de la región del Pato, dejando muchas incertidumbres que aún persisten. Nos dejó estas historias, y un sueño para el futuro: “Desde la distancia animo a cada promotor

de lectura a tomar su maleta viajera e ir adonde están los niños que no tienen acceso a una mejor educación, ni a las tecnologías, ni mucho menos a la sana diversión de leer en silencio bajo un árbol en una tarde soleada a orillas del río San Miguel”.

Ojalá no sea esta solo una tarea de los promotores de lectura, sino que la paz pase por un Estado que garantice este derecho.

Ana Roda Fornaguera
Bogotá, mayo de 2020



San Vicente del Caguán
Caquetá
Colombia

Fuente: elaboración propia con base en las bases de datos del geoportal del Dane, 2017.

Introducción

En la historia del conflicto armado en Colombia, la región del Pato ha tenido un protagonismo significativo: fue un lugar icónico en la fundación y expansión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP), territorio de amnistía para grupos insurgentes, zona de despeje, y en el presente lugar de uno de los espacios territoriales para la reincorporación de los excombatientes de las Farc-EP. De allí su relevancia como territorio y como laboratorio de convivencia pacífica y organización campesina en la historia de Colombia.

Por más de medio siglo la guerra ha sido parte de la cotidianidad de los patunos, y las convivencias entre miembros de las Farc-EP y la población civil han sido inevitables. Es de recordar que la zona fue una de las llamadas repúblicas independientes y por ello bombardeada e intervenida por el Ejército en 1965. Fue parte de la zona de despeje y de la respectiva operación militar de retoma del territorio hecha en el 2002, una vez rotos los diálogos de paz en el Gobierno de Pastrana. (Carrillo, 2016, s. p.)

La estratégica localización del territorio lo ha convertido en el espacio de procesos de organización campesina y de resistencia, allí

está la asociación rural más antigua en la zona de reserva campesina (ZRC) de la cuenca del río Pato y el Valle de Balsillas,

que fue creada en el año 1997 bajo la Ley 160 de 1994. Es un área geográfica delimitada aproximadamente en setenta mil hectáreas, distribuida en 27 veredas, parte de las cuales se encuentran dentro del parque Los Picachos y en la Reserva Forestal de la Amazonia; y corresponden al 2,3 % del municipio de San Vicente del Caguán. Con una población de 9000 habitantes (80 % en zona rural y 20 % en zona urbana, ubicada al margen de la carretera San Vicente-Neiva), desarrolla una economía solidaria basada en los cultivos de frijol, café, plátano y el ganado de leche en menor proporción. Ubicada en la porción noroccidental del municipio de San Vicente del Caguán (Caquetá), abarca el valle del río Balsillas sobre la Cordillera Oriental, en límites con los municipios de Neiva y Vegalarga, Huila, y la cuenca del río Pato, tributario del Caguán. Su epicentro es la inspección de Guayabal. (Fajardo, 2002, p. 89)

De allí que “La situación no ha sido fácil para el campesino de la región por la falta de una asistencia técnica continua, al igual que el poco apoyo de los gobiernos municipal y departamental hasta ahora y la falta de políticas públicas agrarias; de otra parte el apoyo en política ambiental, cultural y económica que a diferencia otros sectores reciben sin mucho esfuerzo” (Asociación Municipal de Colonos del Pato e Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, 2012, p. 15). Y, dentro de un contexto local, es de recordar que “los habitantes de la ZRC han sido estigmatizados y señalados como insurgentes por el hecho de compartir el territorio con el grupo armado. Por dichos

señalamientos, la región ha sido identificada como una de las zonas de refugio de las Farc-EP (Carrillo, 2016).

En el año 2016, el Gobierno nacional firmó un acuerdo de paz con las Farc-EP. Dicho acuerdo de paz destinó para sus procesos de reincorporación unas zonas veredales transitorias de normalización. Una de ellas en el departamento del Caquetá, en el municipio de San Vicente del Caguán, en la vereda Miravalle.

Para efectos de cumplimiento del acuerdo de paz sobre el cese al fuego y la dejación de armas, así como para adelantar los preparativos para el proceso de reincorporación económica, política y social de las Farc-EP a la vida civil de acuerdo a sus intereses, el Gobierno Nacional y las Farc-EP acordaron establecer 20 zonas veredales transitorias de normalización y siete puntos transitorios de normalización. Estas zonas son territoriales, temporales y transitorias, definidas, delimitadas y cuentan con monitoreo local y nacional. (Gobierno de la República de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, 2016, p. 60)

La vereda Miravalle está situada dentro de la ZRC del Pato-Balsillas, cerca de la inspección de Guayabal y equidistante a las veredas Los Andes y Las Morras, esta última ubicada a una hora y media del casco urbano de San Vicente del Caguán (Asociación Municipal de Colonos del Pato e Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, 2012, p. 105).

Dentro del plan de gobierno de Juan Manuel Santos, el Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional, en apoyo al proceso de paz, establecieron el proyecto de las bibliotecas de la paz, proyecto que pretende llevar todos los servicios bibliotecarios a los campesinos que prestaron sus territorios para la implementación de las

zonas veredales y a los excombatientes reagrupados en estos lugares. Como parte de la Red Nacional de Bibliotecas, la biblioteca por la paz, “sin dejar de ser centro de consulta y de conservación, es también un escenario para la lectura de todo tipo de textos, incluso audiovisuales; un espacio activo de encuentro de ciudadanos y comunidades en torno a la cultura, la ciencia, la educación, el divertimento y el intercambio universal de conocimiento” (Ministerio de Cultura, 2010, p. 7). A partir de este concepto, las bibliotecas móviles para la paz se concibieron como espacios de encuentro y reconciliación con la historia de la humanidad, que mediante la comunicación (oral, escrita y gestual) profundiza en los sentidos de la existencia. Por ello, la dinámica de la biblioteca crea ambientes abiertos, plurales y significativos en el ideario de la construcción de la paz, permitiendo a quienes se acercan para avanzar en sus procesos formativos descubrir que se pueden construir mundos nuevos y, así, transformar lo que hemos sido hasta el momento.

En la vereda Las Morras de San Vicente del Caguán fue instalada una de las veinte bibliotecas públicas móviles (BPM) con el objetivo de adelantar procesos bibliotecarios en la ZRC de la cuenca del río Pato y el Valle de Balsillas, y en el punto transitorio Óscar Mondragón, lugar de reagrupamiento de la Columna Móvil Teófilo Forero de las Farc-EP. Desde el mes de marzo hasta diciembre de 2017 la BPM se convirtió en “Espacio de encuentro, lugar de todos”. En un comienzo realizó por separado talleres y extensiones bibliotecarias a lo largo de la región, en la vereda de Las Morras y en el punto donde se ubicaban los excombatientes de las Farc-EP, encausando proyectos de lectura, de escritura, de manejo de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), y prestó servicios innovadores, como cine foros, el programa Grandes Preguntas y de fotografía y memoria. Con el paso del tiempo, se

crearon espacios de confianza y se lograron desarrollar los talleres en conjunto, con la población campesina y los excombatientes.

La biblioteca por la paz, mediante sus servicios, facilitó nuevamente procesos de reconocimiento del “otro”, y abrió espacios de diálogo y construcción de memoria entre los excombatientes y la comunidad campesina. Se realizaron proyectos como el Sendero de Paz (caminatas que permiten contar historias) y los Cuentos al Viento (escritos creativos de historias de la región). Igualmente permitió que las comunidades campesinas volvieran a recuperar parte de sus tradiciones y de sus costumbres, al tiempo que generó procesos culturales en la región, por medio de encuentros con historiadores, talleres sobre medio ambiente y agricultura, memoria histórica, fotografía, danza y escritos creativos. Todos ellos configuraron vivencias y procesos que en este texto se plasman como crónicas de una biblioteca por la paz.

El trabajo etnográfico, junto a los procesos de la biblioteca, posibilitan leer entre líneas aquellos claroscuros que vive la población campesina de la región en cuanto a relaciones interpersonales, relaciones de poder, y específicamente en cuanto a los pormenores del proceso de paz vividos desde los territorios de conflicto. De igual manera, se puede hacer una lectura del proceso de paz desde el punto transitorio de normalización, particularmente registrando parte de la perspectiva de los guerrilleros rasos y no desde los altos mandos del poder de las Farc-EP.

Por último, es importante resaltar que la vereda de Las Morras, en el contexto de los sanvicentunos, era el lugar de pago de vacunas a la Columna Móvil Teófilo Forero, y ahora quiere transformarse en el lugar de encuentro con libros, escritores, historias, memorias y senderos que generen confianza y reconocimiento del otro. Procesos que se viven dentro de una biblioteca por la paz, que cree en una Colombia que da pasos hacia una realidad diferente a la de la

confrontación armada, y en un país que en lo rural desea construir escenarios de confianza, encuentro, seguridad y justicia, elementos claves para el futuro de estas regiones golpeadas por la guerra. Por ello, la BPM de Las Morras desarrolla su proyecto bajo los principios de que “La participación y el diálogo entre diferentes sectores de la sociedad contribuyen a la construcción de confianza, y a la promoción de una cultura de la tolerancia, respeto y convivencia en general” (Gobierno de la República de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, 2016, p. 7).

El presente texto narra la diversidad de crónicas y de metáforas —por aquello de que hay cosas que es mejor no decir explícitamente— en torno a una apuesta por la paz: la cotidianidad de una biblioteca, desde una mirada subjetiva del bibliotecario por la paz; los pormenores de la implementación de un proceso de paz en un tiempo privilegiado —los primeros años de la implementación del acuerdo—; las múltiples miradas a la instalación de un escenario único —una biblioteca rural, que llega a las zonas más apartadas del país—; las vicisitudes de una apuesta arriesgada, la de construir escenarios de convivencia, confianza y reconciliación entre poblaciones separadas históricamente por las armas, las ideologías, la política y las necesidades básicas insatisfechas de las poblaciones campesinas de Colombia; el registro de los procesos de acompañamiento en la reinserción de una de las columnas móviles de las Farc-EP más complejas, por su historia en la guerra, la Teófilo Forero, y la multiplicidad de procesos en torno a una biblioteca por la paz inmersa en un territorio icónico de la historia del conflicto armado: la región del Pato en la cordillera caqueteña.

Bibliografía

Asociación Municipal de Colonos del Pato e Instituto Colombiano de Desarrollo Rural (2012). *Plan de desarrollo sostenible:*

Zona de reserva campesina Pato-Balsillas 2012-2017. San Vicente del Caguán.

- Carrillo, L. (2016). *Juntos pero no revueltos* (tesis inédita de pregrado). Colegio de Michoacán, Michoacán, México.
- Fajardo, D. (2002). *Para sembrar la paz hay que aflojar la tierra.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Gobierno de la República de Colombia y Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (2016). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera.* Bogotá. Recuperado de is.gd/eARitg.
- Ministerio de Cultura (2010). *Ley de bibliotecas públicas: Una guía de fácil comprensión.* Recuperado de is.gd/C8MdZR.

¿Cesó la horrible noche?

Preámbulo de la paz

Cartagena de Indias, 25 y 26 de septiembre de 2016

*Solo un pueblo que ha vivido entre el
espanto y los padecimientos de la guerra,
puede tejer pacientemente los sueños de paz
sin perder la esperanza.*

RODRIGO LONDOÑO ECHEVERRI

Unos días después, frente al computador, recordé mi llegada al centro histórico de la ciudad amurallada. Cartagena era entonces una ciudad militarizada, con calles obstruidas por vallas metálicas y pendones diversos anunciando el “sí” en el plebiscito. Aviones y helicópteros surcaban los cielos nublados que anunciaban lloviznas tenues sobre las conciencias de los turistas y visitantes. Una ciudad amurallada que se asoma nuevamente a la historia para ratificar su heroísmo, esta vez apostándole a la paz que se despliega valerosa entre tormentas de ideales políticos.

Llegué a la ciudad de Cartagena luego de un atraso del vuelo de Avianca de casi una hora. Tres razones me traen a esta ciudad de razas vigorosas y *olores fuertes no solo de guayabas*: estar en la ciudad el día de la firma de la paz —para narrar a mis contemporáneos—,

conocer el colegio Bicentenario —para soñar proyectos futuros— y la entrega de libros a la biblioteca del colegio y al rector —para hacer eco a las herencias literarias del pasado—. Emprendo camino al centro de Cartagena, la ciudad está militarizada por el evento de la firma del acuerdo de paz. A paso de turista adormecido por los encantos de una ciudad histórica, el castillo de San Felipe se presenta majestuoso, como recordando antiguas monarquías, ausentes y presentes en los destinos trágicos de nuestro diario devenir. Llego hasta el centro histórico y a Bocagrande, dejando un leve *rastro de sudor en la arena*.

Un policía indica que todos los autos que tengan propaganda para el “no” al plebiscito deben ser guardados. Se dice que ya llegó Uribe a la ciudad, lo mismo que Maduro. La ciudad se polariza entre el sí y el no al acuerdo de paz, esta es parte de la experiencia que quería *vivir para contarla*. En Aguanilé me tomo una gaseosa mientras veo pasar cinco aviones pequeños sobre el centro de convenciones esparciendo humo de colores patrios. Una *hojarasca* de recuerdos se levanta por la ciudad heroica. Letreros por la ciudad presentan el “sí” al plebiscito. Barcos de guerra se ven alrededor del centro de convenciones. Todo un mar de contradicciones que enmarcan nuestro presente abrumador.

Ya están colocando las vallas de seguridad para la firma del acuerdo, la ciudad amurallada estará cerrada al público, solo los invitados podrán entrar a tan magno evento. Los cartageneros y los turistas seremos ajenos a la firma de la paz. Llego hasta la explanada de San Francisco frente al centro de convenciones y me tomo fotos previas a la firma. Espero mañana poder acercarme a la paz lo más posible.

Alguien susurra que invisibilizaron y maquillaron la realidad del centro histórico sin mendigos, sin indigentes ni vendedores ambulantes. Normalmente no se puede caminar por las aceras.

Imagino que *un viento fuerte se llevó a los indigentes, mendigos y vendedores ambulantes, los elevó y los vi volar y despedirse a lo lejos*, ¿será que no volverán como Remedios la Bella?

26 de septiembre de 2016

Salgo a conocer el colegio Bicentenario, vía al mar. Hay muchos retenes de policías por la vía y requisas. Pasamos todos sin inconvenientes. Helicópteros sobrevuelan la ciudad. Se escucha a lo lejos las arengas de Uribe y Ordóñez con sus seguidores al “no”: ¡Colombia se respeta! ¡Colombia dice no! ¡Timochenko: fuera, guerrilla: fuera, Santos: fuera! Imaginar a Uribe con su sombrero, su megáfono y su discurso en contra de la paz me lleva a personificar *el otoño de otro patriarca*. Y sentir la presencia cercana de Alejandro Ordóñez me hace pensar en la *mala hora* que está pasando el exprocurador.

Llueve sobre la ciudad amurallada, el centro se inunda no solo de agua sino de esperanzas de una Colombia diferente. Camino para llegar al lugar del evento. Hay muchos policías por todas partes, cercas de hierro impiden el libre tránsito por la ciudad antigua. Intento encontrar caminos por todo el centro histórico, vallas y más vallas me hacen volver sobre mis pasos: *en general me siento en un laberinto*. Extranjeros, visitantes, pocos nativos hay por el centro. La mayoría del comercio está cerrado. Me acerco a la Torre del Reloj y un grupo de uribistas por el no, trancados por la Policía, explica a la gente y a los del Esmad los inconvenientes del sí. Lanzan sus arengas.

Todos los que están intramurallas visten de blanco. Yo paso sin permiso hasta el lugar donde se encuentran los periodistas nacionales e internacionales. Actores, periodistas, políticos (Simón Gaviria, Juan Carlos Pinzón —exministro de Defensa—). Todos entran a la paz, los de a pie no tenemos acceso más allá de la Torre del Reloj. Una muralla milenaria nos impide ver el hito histórico de nuestra generación: el temor del conflicto, la inseguridad,

la desconfianza en nuestra propia raza. En medio de disgustos, reclamos y diálogos sobre la importancia de la paz, salimos del recinto sacro de los comunicadores en busca de la realidad.

Vuelvo al lugar de acuerdo: mucho movimiento por el centro histórico, se esclarecen los rituales en busca *del amor y otros demonios*. No se puede ingresar al evento, todos piden pantallas gigantes, no las hay. Pareciera que los de extrema derecha tienen algo de razón: el acuerdo es solo entre Santos y las Farc. Nosotros los de a pie no hacemos parte del acuerdo. Las alabaoras de Bojayá entonan sus lamentos perpetuos, siento en mi corazón que seguirán viviendo más de *cien años de soledad* por la ausencia de sus seres queridos. Busco un quiosco cercano al evento para ver por televisión la firma de la paz. Veo cómo lentamente se tropieza Timochenko antes de firmar. No será el único tropiezo de los acuerdos. Ojalá *no solo haya venido a decir un discurso*, sino a representar un compromiso de todo el movimiento revolucionario con el presente de un país que no aguanta más una *noticia de un secuestro*. Al paso de los Kfires, el estruendo de la ruptura de la velocidad del sonido nos pone a todos en alerta máxima. ¿Será el símbolo de otra *crónica de una muerte anunciada*? Dios quiera que no se repita lo de la Unión Patriótica. Tanto caminé esos dos días que este escrito es una *memoria de mis putas patas tristes*, de la patoneada por la Ciudad Heroica o ahora llamada de la Paz.

Ojalá los de las Farc tengan *una segunda oportunidad sobre la tierra* y que nunca nos corresponda escribir a las generaciones futuras *la increíble y triste historia de la desmovilización de las Farc y la extrema derecha colombiana desalmada*. ¿Se pone fin al conflicto más largo del continente?

Nota: ocho días después vive Colombia uno de los momentos más inverosímiles de su historia contemporánea, en el plebiscito por la paz, realizado el 2 de octubre, gana el “no”. Una sombra

cubre todo el proceso de paz y la historia de las generaciones futuras. Se hacen los debidos cambios al documento final del acuerdo, y en noviembre, en el teatro Colón de Bogotá, vuelve y se firma el acuerdo de paz entre el Gobierno y las Farc.